

Ya empiezan a emigrar las golondrinas
Huyendo de la helada los rigores ;
Ya pasaron las mieses y las flores,
Dejando su rastrojo o sus espinas.

En silenciosa placidez sumido,
El mundo languidece adormecido,
Y se sumergen en tranquila calma,

Al recordar, con lánguido desmayo,
Las hojas mustias, el verdor de Mayo,
Y la ilusión desvanecida, el alma.

MANUEL DE SANDOVAL

UN NUEVO LIBRO

Con el interés que tiene para nosotros todo lo que al señor Caro se refiera, hemos leído el trabajo del señor don Alfonso Robledo, titulado *Don Miguel Antonio Caro y su obra*.

Quiso la Academia Colombiana, dirigida hoy por el doctor Rafael M. Carrasquilla, abrir un concurso para un trabajo crítico sobre un colombiano ilustre finado ya, trabajo cuyo premio, aparte de algo de poco momento, daría al autor que obtuviera la preseña del triunfo, el título de académico correspondiente. Este concurso, en que por fuerza sólo habían de tomar parte los que, convenientemente preparados por largas disciplinas intelectuales, se sintieran con vocación para seguir las huellas de los hombres superiores, ofrecía halagadoras perspectivas y ancho campo a los ingenios que, correspondiendo al deseo de la Academia, quisieran tomar parte en este torneo de la crítica. Porque en primer lugar, las condiciones del trabajo apartaban a los escritores de la pesada atmósfera de las luchas del día, y los llevaban a otro campo en donde soplan auras más propicias para el espíritu, en donde el tiempo ha borrado con mano eficaz los enardecimientos de los hombres, y en donde sólo se encuentran en actitud pasiva, autores y hechos, esperando el fallo definitivo de la historia; y en segundo lugar, porque, aparte de ser condi-

ción del alma humana andar descontenta con lo presente y fingir en lo pasado lo sumo de la perfección tras la cual vuela siempre enamorada; es todavía lo cierto que en tratándose de Colombia, la época gloriosa en nuestra literatura está enclavada en el pasado y la representan los escritores cuya muerte lamentan las letras nacionales y cuyo ingenio hizo volar más allá de los mares el nombre de la patria. En esa época, que muestra trazas de no repetirse, sino Dios sabe hasta cuándo, se destacan figuras verdaderamente admirables, y que parecen, al estudiarlas, nacidas y educadas, no en un medio embrionario como el nuestro, sino en un país de juicioso andar, de alta y refinada cultura, de estable y recia organización, y cuya marcha al través del tiempo ha calentado por muchos siglos el sol del progreso.

Tarea grata a la par que provechosa, señaló la Academia al querer que los jóvenes escritores dedicaran el fruto de atentos y juiciosos estudios, a escribir sobre nuestros hombres ilustres, borrados ya del escenario de la vida. Cuando todo es decadencia entre nosotros; cuando la juventud, con generoso pero mal encaminado anhelo, se da a tendencias literarias entecas y torcidas; cuando los preceptos de las buenas letras no miran de frente a los que se dedican a la noble profesión de escribir; cuando, como dice con ironía Moratín en *El sí de las niñas*:

Cobra la osada juventud espanto
Y se malogran furibundos vates.

Con sólo oír hablar de estudios regulares y serios, ha de ser consolador y emocionante, por cima de toda ponderación, tornar los ojos a otra edad, mejor que la nuestra, cuando una escuela de clásica erudición y de sana filosofía amaestraba a los estudiosos; cuando la literatura de la antigua civilización griega y latina, modelaba los ingenios, enaltecía y fijaba el criterio estético, y daba por remate y consecuencia, prosadores y poetas, no acompañados y secos, como es creencia entre gentes mal avisadas, sino variados, macizos, profundos, elegantísimos, con toda la pureza del lenguaje, con toda la maestría del estilo, con toda la lozanía de la imaginación propia a los grandes escritores, y con la viveza y calor que da al corazón el cielo de Colombia. ¡Pero qué desilusión, sin embargo, cuando, después de recorrer con respetuosa admiración esa época, solar de nuestra gloria, se

deja caer la mirada sobre los tiempos presentes! Todo concurre a persuadirnos que andamos por días de descomposición y decadencia. Casi solitaria se bate al viento la bandera que empuñaron los Caros, los Cuervos, los Ortices, los Fallones, y los Pombos. Hoy sólo se levanta, como las cimas de un continente sumergido, uno que otro literato, cuyo talento e ilustración hacen honor a Colombia y justifican, ante propios y extraños, el dictado de Atenas Suramericana que su capital ha merecido.

El tema propuesto por la Academia tiene, pues, a vueltas de grandes ventajas, la importantísima de hacer que la juventud que se dedica al estudio, conozca bien a nuestros literatos y pueda así encontrar el camino del buen gusto y levantar los ideales en achaques literarios.

Pero nuestro objeto era decir dos palabras sobre la obra del señor Robledo, y nos hemos extraviado. Volvamos, pues, al asunto. Esta obra, escrita para el concurso y que seguramente habría corrido buena suerte en él, se publicó a mediados de Julio, es decir, muchos días antes del fijado para discernir el premio al mejor trabajo; no entró, pues, en las apreciaciones y fallo del jurado calificador.

Quiso el autor regalar el fruto de su pluma a la Sociedad de San Vicente de Paúl, y para el caso no omitió gasto, ni escaseó diligencia a fin de que lo nítido y correcto de la edición correspondieran al noble fin a que destinaba la obra. La satisfacción gratísima que experimente el señor Robledo al saber que el producto de su labor ha ido a enjugar lágrimas y a calmar dolores, será de más pura valía para él y embargarán su corazón más intensas fruiciones que si hubiera obtenido el premio ofrecido por la Academia. Reciba el autor generoso nuestras fervientes felicitaciones, y ojalá que su noble proceder tenga muchos imitadores.

Los trabajos de la crítica son de suyo difíciles. El que a ellos se dedica, aparte de los conocimientos hondos y variados que dan el talento y la asidua aplicación al estudio; aparte de una vasta y pertinente erudición sobre autores y escuelas, ha menester profundo espíritu de observación, agudo ingenio, capaz de penetrar en el alma del escritor juzgado para sorprenderlo en la expresión de su pensamiento, en la composición de su obra. El crítico debe ver, al través de las letras mudas del libro, mil as-

pectos que se escapan a la advertencia de los lectores pacatos y humildes. Juzgar una obra por lo que ven los ojos, es sólo dar un golpe en la portada, sin penetrar en el interior del edificio; es pretender adivinar por el proyectil encontrado en el campo de batalla, la actitud del soldado que lo disparó y las peripecias de la lucha. Las ideas y los sentimientos, al exteriorizarse, llevan impresa la fisonomía intelectual y moral del escritor, fisonomía que se recata a la mirada indocta y que sólo descubre el que tiene recibido de Dios el don altísimo de sondear el alma.

De modo, pues, que el crítico, y el crítico de veras, necesita, para llamarse así, un cúmulo de condiciones de no menor alteza, que las que forman el orador. El uno y el otro se encuentran siempre solos aun en países de refinada cultura, en donde, por otra parte, se destacan figuras eminentes, geniales cultivadores en otros géneros literarios. Concretando el punto a Colombia, se observa con harta frecuencia cómo los jóvenes se entregan con afán al cultivo de la poesía, del cuento y aun de la novela, cuando no a las luchas del periodismo, pero a muy pocos les place espigar en el campo de la crítica. Por eso, cuando un joven trabaja en ella, no por espíritu de pedantería sino con el ánimo honrado de llevar su contingente de luz sobre un asunto, merece toda clase de alabanzas.

El señor Robledo está en este caso. Sabe él que la crítica no es entusiasmo sino reflexión, y reflexión tanto más detenida, tanto más sesuda y exigente, cuanto más elevado y extenso sea su objeto; sabe que a veces es ocasionada a sinsabores y disgustos, y sin embargo nada le arredra, y estudia y medita y escribe al fin un ameno y elegante trabajo crítico sobre Caro. No seremos nosotros, escasos de doctrina, quienes decidamos sobre el valor íntimo en dicho trabajo. Seguramente carece de profundidad, pero qué mucho que así sea, cuando al señor Robledo le escasearon tiempo y datos para llevarlo a remate cumplido! Y tiempo y datos son menester en esta clase de empresas; tanto más arduas, cuando no versan sobre una sola de las actividades del espíritu sino sobre todas las manifestaciones a que puede someter el suyo un hombre eminente. Caro, estudiado en uno sólo de los géneros en que sobresalió, daría materia para un largo trabajo; ¿qué no acontecerá si se le mide en la totalidad de su obra?

Además, como el mismo señor Robledo lo dice, son pocos los que conocen toda la producción literaria de Caro. Está ella disseminada en periódicos innúmeros, en prólogos y en revistas de difícil consecución. Si las obras del eminente literato estuvieran coleccionadas, como lo exige una necesidad perentoria, el señor Robledo se hubiera informado mejor y su trabajo habría llegado a ser más completo y ganado mucho en profundidad y precisión.

Sin embargo, tal como está escrito tiene muchos méritos, no siendo el de menor significación el de procurar fundar por el estudio de nuestros autores, una cultura propia y castiza, y el de servir de vivo estímulo y de incentivo provocante a la laboriosidad de los que deseen conocer a fondo los grandes escritores nacionales.

El señor Robledo reside en Manizales, su tierra nativa. Esta ciudad, fundada en la primera mitad del siglo pasado y cuyo desarrollo sorprende por lo rápido, parecería, al que sólo parara la atención en el barullo comercial y en la innata disposición de la raza para las combinaciones mercantiles, un medio poco a propósito al cultivo de las letras. Pero no hay tal, que en aquella tierra del buen sentido, del equilibrio y de la energía, con idéntico tesón se golpea en el yunque de la especulación que en el yunque de los estudios, y los jóvenes, no por entregarse a los negocios, desdennan los puros placeres que producen las disciplinas del espíritu.

El señor Robledo es banquero de profesión, pero esto no le impide entregarse de tiempo en cuando al cultivo de la literatura. Sabe realizar con ventaja el precepto de Horacio, de mezclar lo útil con lo agradable. Y los ratos que, como alivio a las secas combinaciones del tanto por ciento, dedica al estudio, dan a entender que hay en él buen número de disposiciones para un literato de alta talla. Educado en sus primeros años por los jesuitas, a quienes recuerda con fevorosa admiración, entró desde temprano en la senda del buen gusto. Luégo, andando los días, ha seguido aquilatándolo en las obras de los escritores más notables. Tiene estilo ágil y nervioso. Maneja la prosa con naturalidad y limpieza; no anda a caza de novedades en materia de palabras y frases, pero las que le salen al paso tienen

buen tañido, declaran su origen puro y castizo, e indican que quien las maneja ha aprendido las delicadezas de la forma en los buenos hablitas de Castilla. Mucho habrá ganado el señor Robledo como escritor al leer las obras de Caro, en donde no se sabe qué admirar más, si lo sonoro de las frases o lo elegante de los giros, o la riqueza y primor de la lengua, o la profundidad del pensamiento modelado en signos claros, indelebles y hermosos.

ANGEL MARÍA SAENZ

Una madre cristiana

A veinte kilómetros de Turín, en el pequeño caserío de los *Becchi*, vivía en 1846 una piadosa viuda llamada Margarita Occhiena.

Tres hijos tenía. El primogénito, fruto de un primer casamiento del marido de Margarita, se llamaba Antonio. Poseedor del patrimonio paterno, vivía solo en una casita vecina de la de su madrastra. El segundo, José, casado ya y padre de familia, vivía con su madre; y Juan, el más joven de los tres, ordenado sacerdote cinco años antes, moraba en la capital, donde había continuado, después de decir su primera misa, los estudios de teología.

Margarita Occhiena vivía feliz en los *Becchi*. Mujer sencilla, muy enérgica, de instrucción nula, pero de juicio recto y de piedad admirable, realizaba el tipo perfecto de la madre cristiana. Viuda a los veintinueve años, había sabido hacer de sus hijos, cristianos como ella, y de Juan, el más joven, un sacerdote piadoso, celoso, ardiente para el bien y el servicio de las almas. El consuelo y la alegría de la vida pacífica de Margarita Occhiena eran sus nietos. Sin cesar se veían al lado de sus faldas las cabecitas morenas de los hijos de José. Esta mujer sencilla, activa en los trabajos campestres, parecía nacida para la vida al aire libre. Amaba su casa, su campo, sus nietos, su jardín y su tranquilidad.